

## CULTIVAR, HAYDÉE, FAIVL\*

### Cultivar

El término *cultivar* es un neologismo creado en 1923 por L. W. Bailey mediante la fusión (ingl. *telescoping*) de las palabras *culti* (vated) *var* (iety). En las dos últimas décadas su uso se ha hecho más y más frecuente. Ha sido adoptado por el *International Code of nomenclature for cultivated plants*, de Utrecht, el cual lo define así (ed. junio 1961, p. 11): "The term *cultivar* (abbreviated *cv.*) denotes an assemblage of cultivated individuals which is distinguished by any characters (morphological, physiological, cytological, chemical or others) significant for the purposes of agriculture, forestry or horticulture, and which, when reproduced (sexually or asexually), retain their distinguishing features".

En virtud de su precisión, y por lo tanto, de su inclusión en repertorios de tanta importancia internacional, el neologismo es usado hoy por botánicos de todas las lenguas, en las que sustituye con ventaja al inglés *variety*, al francés *variété*, al español *variedad*, al alemán *Sorte*, al ruso *sort*, al holandés *ras* o *varieteit*, al italiano *razza* o *varietà*, formas todas ellas a las que habría que agregar, para evitar ambigüedades, una explicación no siempre breve ni cómoda (cf. *Regnum Vegetabile*, Utrecht, vol. XXII, junio 1961, *International code of nomenclature for cultivated plants*, art. 10).

En la Argentina, el término fue adoptado y difundido por el eminente botánico Lorenzo R. Parodi, quien —para citar un solo ejemplo— lo define así en su *Enciclopedia Argentina de Agricultura y Jardinería*, Bs. As., vol. III, 1964, p. 403: "Conjunto homogéneo de individuos cultivados de una especie obtenidos mediante selección artificial o por selección natural en cultivos".

\* Publico aquí, en la forma que tuvieron originariamente, los informes sobre un término y dos etimologías de nombres propios que presenté para su consideración a la Academia Argentina de Letras, y que fueron luego aprobados por dicha Corporación. El vocablo que figura en primer término falta en el *Diccionario* de la R. Academia Española (ed. 1970).

El género de este término presenta todavía fluctuaciones en las distintas lenguas, e incluso en la nuestra. Parodi, pensando sin duda en la palabra castellana *variedad*, equivalente exacto del inglés *variety* con el cual compuso Bailey el neologismo, lo usó siempre como femenino. Véanse dos ejemplos: "Se distingue [el término *clon*] de la cultivar porque se multiplica exclusivamente por vía agámica" (*Encicl. arg. de agric. y jardinería*, Bs. As., vol. I, ed. 1959, p. 4). "La cultivar puede ser un híbrido entre dos variedades botánicas o entre otras dos cultivares" (Prefacio a la obra de W. F. Kugler, M. S. Moro y J. A. Josifovich, *Catálogo de cultivares de plantas agrícolas argentinas*, en *Colección agropecuaria*, Bs. As., vol. IX, 1963).

También, y por las mismas razones, usa la palabra como femenina el eminente especialista Arturo Burkart, incluso cuando emplea sólo su abreviatura: "*Oriza sativa* Linné. . . Actualmente la variedad más cultivada es la cv. "chacarero" (A. Burkart, *Flora ilustrada de Entre Ríos*, Bs. As., 1968, p. 116).

El género, como se ha dicho, fluctúa también en otras lenguas: el *International code of botanical nomenclature* ha registrado el término, por ejemplo, como masculino en francés: *le cultivar* (edic. 1952) y como femenino en alemán: *die Cultivar* (edic. 1966). W. T. Stearn, *Botanical Latin*, 1967, 410, lo da como neutro en latín, que es, según se sabe, casi como decir masculino en castellano.

Frente a esta situación contradictoria, es preciso recordar que, no obstante la eminente autoridad que en botánica poseen investigadores como los mencionados, desde el punto de vista lingüístico hay un argumento de peso que es preciso tener en cuenta, para que el uso no desautorice una decisión adoptada por motivos un tanto artificiales. Es sabido que en neologismos formados mediante fusión de elementos diversos, el término resultante es sentido como una voz nueva que no evoca ya en el hablante el recuerdo de sus primitivos componentes, y por lo tanto tiende a agruparse con todas las palabras que presentan en el idioma sus mismas características. Como prácticamente todas las palabras terminadas en *-ar* son en castellano masculinas, el sustantivo *cultivar* tiende a sentirse asimismo como masculino, y así lo emplean hoy, en efecto, muchísimos investigadores de la especialidad en nuestro país. No se trata, como es obvio, de convalidar un error debido al gran número de quienes lo cometen, sino de hacer valer un principio lingüístico general, que es el que ha llevado a la Academia Española, por ejemplo, a considerar masculino el término *radar*, formado mediante un procedimiento semejante. La posible objeción de que en esta forma podría producirse una confusión entre el

sustantivo *cultivar* y el infinitivo sustantivado *el cultivar* en expresiones como "el cultivar tales plantas es conveniente", queda invalidada por el contexto en que el neologismo siempre se usa, que hace prácticamente imposible tal confusión.

## Haydée

Si bien el nombre de mujer *Haydée* aparece a menudo en traducciones al español de Lord Byron con la forma *Haida* y otras no menos insólitas (como lo comprueban las eruditas verificaciones realizadas por el recordado académico D. José A. Oría), lo cierto es que formas como *Aides*, *Aides* o *Aidés* no tienen tradición en nuestra lengua.

El nombre de persona *Haidée* —con esa grafía— parece haber sido introducido en Europa por Lord Byron, en la conocida estrofa 128 del canto II de su *Don Juan*, compuesto entre 1819 y 1824:

*He had an only daughter call'd Haidée,  
The greatest heiress of the Eastern Isles;  
Besides, so very beautiful was she,  
Her dowry was as nothing to her smiles:  
Sill in her teens, and like a lovely tree.  
She grew to womanhood, and between whiles  
Rejected several suitors, just to learn  
How to accept a better in his turn.*

Como se sabe, el nombre fue luego popularizado, con y acaso deliberadamente exótica, por A. Dumas en su novela *Le Comte de Monte-Cristo* (1845), cuyo capítulo XI de la tercera parte se titula precisamente *Haydée* (edic. L. Conard, vol. III, 1923, p. 197); por la ópera *Haydée ou le secret* (1847), de Scribe y Auber, y por otros autores.

Todo induce a pensar que Byron no inventó el nombre. Aunque en el *Diario de Ravena* (anotaciones correspondientes al 6 de enero y 17 de febrero de 1821) hay referencia a su *Don Juan*, ninguna de ellas nos proporciona indicios sobre el origen del nombre. Tampoco hay referencia alguna en el epistolario correspondiente a esa época, según amable información del señor académico D. Alfredo de la Guardia.

Otros indicios, en cambio, nos permiten suponer que Byron conoció y adoptó el nombre en Grecia, pues aparte de haber estudiado algo de griego moderno, estuvo en ese país, como es sabido, entre 1809 y 1811, y luego, por última vez, desde 1823 hasta su muerte. Y bien: el antropónimo femenino ἡ Χάϊδω, muy semejante al que aquí se considera, se usa

todavía en comarcas rurales de ese país. Es probablemente una forma abreviada de ἡ χαϊδεμένη (todavía hoy existente en Marmarás, Propóntide, y en Skopós y Sterna, Tracia), participio pretérito del verbo χαϊδεύω 'acariciar'; significa, por lo tanto, algo así como 'la que recibe caricias, la mimosa'.

El eminente helenista Demetrius J. Georgacas, de la Universidad de North Dakota, ha tenido la gentileza de consultar a mi requerimiento a los profesores Demetrius Loucatos y N. Kontosopoulos. Este último ha hecho revisar los archivos del "Lexikòn tês Hellenikês Glôsses", de la Academia de Atenas, y ambos han podido verificar que el nombre Χαϊδή /Xaidí/ ha sido registrado, aunque al parecer en vías de extinción, en el Epiro y en Tracia (pueblo de Myriophyton). Todo hace pensar, pues, que Lord Byron se limitó a transcribir en caracteres latinos, con toda fidelidad, una forma existente en su época.

No tendría sentido, como es obvio, pretender traducir al castellano este antiguo nombre de mujer. En vista de su asentada tradición, resulta totalmente aceptable su empleo en nuestro idioma.

Con esto queda dicho que si se mantiene la acentuación *Haydée*, ello se debe sólo a respeto por la grafía ya secular —que suele ser más conservadora en los nombres propios—, y por esto no se considera que el acento deba suprimirse aquí por analogía con la regla 19ª de las *Nuevas normas de prosodia y ortografía* de la Real Academia Española (1959), salvo pronunciación afectada que no se da en ningún nivel social. En efecto, hay aquí una simplificación de dos vocales homólogas en una sola vocal larga acentuada, proceso normal en la pronunciación y la grafía de nuestra lengua, y por ello, en realidad, sería también lícito escribir *Haydè*.

### Faivl, Faiwel

El nombre yiddish *Faivl* proviene, probablemente, del latín *Vivus*, el cual, a su vez, es "traducción" del nombre hebreo posbíblico *Haim*, que significa 'vida'. *Vivus* debe haber sido llevado de países románicos a zonas de habla alemana antes del siglo XIV, pues participó en la diphongación general yiddish, *i > ai* (p. ej., *vin* 'vino' > *vain*). El lingüista Uriel Weinreich, especialista en este campo, antes de su prematura muerte me confirmó en forma epistolar su coincidencia con este punto de vista. La forma completa del nombre es *Faiveš*; *Faivl* es un hipocorístico.

Otra hipótesis, en cambio, lo vincula con *Phoebus*, pero esta equivalencia popular, carente de dimensión histórica, es mucho menos verosímil, como otras que se han formulado.

La grafía *Faiwel* corresponde al valor fonético de estas letras en polaco, y no es aconsejable en castellano.

En vista de los argumentos que anteceden, no parece oportuno buscar una traducción o equivalencia de este nombre, que puede castellanizarse como *Fáivel*.

CARLOS A. RONCHI MARCH

Academia Argentina de Letras